



¿Quién observa y quién es observado?

ALBERT VIDAL

EXPOSICIÓN VIVA DE CUARENTA PERSONAJES

Santiago Fondevila

El primer comentario sobre la *Exposición viva de personajes* lo hizo Albert Vidal durante el Festival Internacional de Teatro de Sitges, en el que participó con *El venedor de gelats*. Fue un comentario más allá de la entrevista formal; una declaración de intenciones, la expresión de una idea que soñaba con llevar a cabo. Vidal me indicó que quería reunir en una exposición a cuarenta personas que representarían otros tantos oficios o profesiones, para exhibirlos ante un público.

En diciembre del pasado año la *Exposición* se había convertido en un proyecto firme. El escaso eco que *El venedor de gelats* había encontrado entre la crítica no le había amedrentado para proseguir su búsqueda de lenguajes expresivos, deliberadamente ajenos a las corrientes teatrales al uso. Su intención, desde el principio, era jugar con la duplicidad del ver o ser visto.

Permanecer inmóvil sobre un podio de veinte centímetros, convertido en un personaje viviente de la exposición planteada por Albert Vidal en la Sala Metronom, delante de una multitud itinerante de espectadores es una experiencia pocas veces repetible. Santiago Fondevila fue "el periodista", uno de los 36 integrantes de la "Exposición viva de personajes".

La doblez de la propuesta se manifestaría en el momento en que los "mirones" pasarán a ser observados por quienes antes eran objetos de sus miradas. La idea era clara, pero no por ello dejaba de engendrar dudas y comentarios irónicos en quienes la conocieron. Infatigable y haciendo caso omiso de quienes deciden lo que es o no cultura, Vidal me aseguró en aquel mes de diciembre en el salón principal del Hotel Ritz, que la *Exposición* continuaba para él un trabajo apuntado en *El venedor de gelats* y que había continuado con *El aparcio*.

Vidal aprovechó la entrevista para hacer un llamamiento a quienes quisieran colaborar con

el. Quedaba claro que la idea excluía la participación de actores profesionales y obligaba a un inmenso trabajo de captación de voluntarios que se dejaron cautivar por la idea.

A mediados de febrero, Albert Vidal regresaba de la India y volvía sobre el tema. "Se trata de una exposición viva de paisajes humanos esculpidos por el trabajo". Hablando con él, le trasladé cierta opinión que, sin duda iba a manifestarse, enjuiciando su propuesta como un "acudit (chiste) del Vidal".

Albert Vidal, si que este tipo de opiniones más que molestarle le provocan, defendió la *Exposición* con estas palabras: "La defensa del que no entiende es siempre el

vilipendio y la chingota. Pienso que esta es una posición de autodefensa de quienes participan de todo aquello contra lo que luchan. Si ellos toman mi trabajo con una distancia irónica y auto-suficiente, les invito a que me demuestren qué grado de conciencia civil tiene su adicción a la mayoría de hechos representativos de esta sociedad".

Y añadió: "Mi sistema de trabajo consiste en dar salida a todas las pulsaciones creativas que me pasan por la cabeza. Eso quiere decir que me considero un investigador y un artesano, lo que significa que cada montaje no tiene por qué tener la misma importancia si se consideran los resultados".

La *Exposición* debía reunir a cuarenta profesionales que amaran su trabajo, "los que hacen que la sociedad funcione", y Vidal me ofreció la posibilidad de ocupar el podio de periodista. No negaré que sentí un cierto recelo. Me pareció difícil que Vidal lograra reunir a los personajes. ¿Quién aceptaría subirse a un cono truncado y quedarse inmóvil durante diez, veinte, treinta minutos, aunque fuera con intervalos? ¿Dónde poner la vanidad que nos hace más atractivos? ¿Por qué acceder a este juego?

■ El ensayo

El lunes día nueve de marzo se había fijado la convocatoria para el ensayo general. Al entrar en la Sala Metronom sentí un impacto visual sorprendente. Estaban allí. Había más de veinte personas inmóviles sobre unos conos truncados mientras Albert Vidal explicaba cómo iba a funcionar la exposición. Miraba uno a uno a los personajes, rectificaba la posición de los pies y daba una instrucción general: "Se trata de estar como cuando vais a haceros fotos para el carnet de identidad o el pasaporte".

Albert Vidal quería "sacar el alma de cada profesional" y en la sesión de fotos individuales, destinadas a un álbum, insistía en ese punto: "Mira. Relájate. Así, así, concentrado, tranquilo. Ya". Los flashes saltaban. "El siguiente".

Todo estaba a punto. Le comenté a Vidal que los focos que debían caer sobre el público eran poco potentes. La idea de iluminar a los mirros debía realizarse con una luz casi ofensiva, que sugiriera esa sensación de ser observado. Dijo que intentaría poner ese más de luz, aunque no lo hizo y el espectáculo se resintió por ello.

Algunos confesaron sus nervios: "me sentí más tranquilo saltando desde 1.000 metros (decía el herrero, aficionado al paracaidismo) que dos minutos ahí (en el podio) arriba, el ganadero: "esto no es lo mío, yo con las ovejas y las vacas no tengo problemas pero aquí... no sé. Esto no es lo mío, ¿entiende?".

El martes cuando me acercaba al Metronom vi frente al Borne, donde se celebraba una exposición de anticuarios, una furgoneta aparcada de la que emergía la cabeza y el torso de una imagen de algún santo. A los pocos segundos yo mismo me encontraba, como aquel santo en su peana, sobre un cono truncado de unos veinte centímetros de



"Una exposición viva de paisajes humanos..."

alto, inmóvil, buscando con los ojos un punto fijo que evitara la fatal distracción; que huyera de las miradas, ¿burlonas?, ¿curiosas?, ¿reflexivas?, del público que penetraba en la sala, sumido en una inquietante penumbra.

Lo había conseguido. Allí estábamos. Expuestos. Junto a un leñador venido de los bosques del Montseny, robusto, con unos rojizos mofletes que contrastaban con la palidez natural de nuestra tez urbana, el cura párroco de Vidra, convencido de que hay que ayudar a los creadores; el recepcionista de unos apartamentos del Paral·lel; el director de una oficina bancaria de Barcelona; una peluquera de Masias de Voltrega. A la pregunta ¿por qué está usted aquí?, la

respuesta era, con matices, unánime: "¿Se le puede negar algo al Albert?", "¡Oh!, somos amigos desde hace muchos años", "Me une una gran amistad con su familia", "Me pareció una gran idea".

Vidal había dado unas brevisimas instrucciones, quería esculturas hieráticas, inmóviles y con la vista fija. Insistía en que la posición debía ser firme pero no tensa".

El primer pase fue un éxito. Los personajes habían entendido el mensaje y durante esos minutos hicieron del no hacer su actividad. La psicóloga, a mi lado, no pudo contener la risa en el primer momento. Eso provocó casi la mía. Las comisuras de los labios se abrieron pero finalmen-

te la boca permaneció cerrada. La luz creció haciéndose puramente blanca.

¿Habían pasado diez minutos del director. Los flashes continuos de las cámaras te hacían parpadear. Luego vino el cansancio. El leve, y espero que imperceptible, balanceo del cuerpo y en los dos últimos pases, las lágrimas. No era un llanto dramático, sino el resultado de la forzada inmovilidad de los ojos, unido a las oscilaciones en la intensidad de la luz. ¿Qué hacer? La lágrima se sostenía en el párpado inferior en equilibrio inestable. Finalmente se deslizó por la mejilla. Hubo alguna otra. Mis com-



Galería de los oficios, museo de personajes-esculturas en carne y hueso con parpadeo suspendido, catálogo social irrepelible.



Leñador, recaudero, anticuario, administrativo, ¿por qué está usted aquí?...

pañeras estatuas no sufrieron ese percance. Nadie tosió, nadie se rascó, nadie se cayó del podio. Eso sí, todos buscaron en la escultura de enfrente, en la cristalería del techo o en las esquinas del local ese punto de fuga donde estaba la concentración.

Algunos personajes no pudieron evitar el trabajar sobre el terreno. No sólo estuvieron expuestos sino que ejercieron. Así, el relaciones públicas invitó; el músico ofreció al programador cultural un espectáculo de salsa; y mire por donde hasta el leñador me decía: "Oh! a mí me gustaría tener la posibilidad de hacerme publicidad. Porque sabe usted, yo limpio boques, que ya les hace falta, pero tendría que tener más publicidad, porque con lo que cuesta hay poca gente que lo quiera hacer" y las subvenciones son nimias".

Vidal estuvo llevando en todo momento el control de las luces. "Las manipulé en función de las reacciones de la gente y de lo que percibía a través de sus gestos".

Para el público el espectáculo acabó en la Sala Metronom, para los improvisados actores continuó en un restaurante del barrio de La Ribera. ¿A qué antirritón no le gustaría reunir a 36 personajes absolutamente heterogéneos en torno a una mesa? El champán corrió y las estatuas hablaron; un funcionario de Hacienda cantó boleros, "mañana tengo un moscoso" (término del argot funcionarial que se refiere a los seis días de permiso para asuntos propios); la cocinera quiso organizar una costillada; el cura afirmaba que no había pedido permiso al obispo, "pero si no hay nada más espiritual que Vidal". Esté, enfebrecido, gozó hasta altas horas de la madrugada.

¿Es un espectáculo irreplicable? le pregunté. "Espero que no, pero por el momento no hay bolos". ■

ALBERT VIDAL: "COMER EL SILENCIO CON CUCHARA"

Juan Abellán

La explicación conceptual dada por Albert Vidal sobre la Exposición es bien clara. "En una sala generalmente reservada para exposiciones de esculturas u otros objetos de arte, el público asistente a esta Exposición viva de cuarenta personajes se verá confrontado por su misma dimensión como manifestación artística de la misma manera que todos los demás participantes. Es la vida con sus esperanzas y desilusiones y sobre todo es la dedicación puesta en un trabajo a lo largo de los años que han ido forjando día a día el paisaje humano esculpido por una u otra profesión u oficio. Partiendo del convencimiento de que todos los trabajos o funciones tienen su dignidad siempre que se hagan con amor y convencimiento, esta exposición pretende mostrar al público cuarenta visiones de mundo personales y diferenciadas precisamente debido al ejercicio de un trabajo. Es, pues, una muestra objetiva de nuestra sociedad, en la cual están presentes las funciones más representativas".

Una nueva "performance" de este actor cada vez más abocado a los eventos únicos e irrepitibles como vía de comunicación personal y de puesta en práctica de su visión del arte y la sociedad. Albert Vidal aprieta progresivamente la tuerca a un discurso teatral cada vez más alejado de la ficción y que al mismo tiempo

compromete cada vez más la lectura del espectador. Después de experiencias como *L'enterrament*, *L'home urba* o *El venedor de gelats* en las que el mismo era punto de atención del evento, en esta nueva experiencia, Vidal, visto de un modo convencional, podría decirse que ha montado la exposición sin actuar él mismo. Pero en este juego hiperpirandelliano que Albert Vidal ha propuesto en Metronom, ¿quién contempla y quién se deja contemplar? ¿Quién era espectador y quien espectáculo?

Pocos días antes de la exposición, Albert Vidal comentaba así su proyecto: "Cuarenta personas sobre podiums: camarero, taxista, director de empresa, barman, secretaria, modelo... El público entrará de cien en cien. A oscuras. Por un itinerario marcado por unas vallas hasta una especie de plazoleta. ¡Luz! Entonces la gente verá la exposición. Si se lo toman a broma, mira ese, tú que pinta y tal... es un poco perder el tiempo, pero a quién se lo mire con interés y vaya viendo personajes tan distintos, uno al lado del otro, como paisajes humanos, les resultará bastante fuerte".

¿Cuál es la respuesta ideal que esperas del público?

— "Comer en silencio con cuchara".

— ¿Y si no fuera así?

— "Grabaré los comentarios y luego se los haré escuchar".

— ¿Qué persigues en realidad?

— "Salir de la cultura del laberinto, del arte de la seducción. Me interesa más manifestarme a través de una clave de lectura contemporánea que se acerque

progresivamente a la comunicación".

— ¿Qué papel juega el público en tus "performances"?

— "El espectador ha de ser muy exigente. Con él mismo y con aquello que ve. Por eso me gustan estos "tour de force" con el público. Lo que me molesta es que no venga exigente, porque entonces es perder el tiempo. Y eso no me interesa".

— ¿Fue el caso de *El vendedor de helados*?

— "Muchos críticos lo calificaron de broma. Yo les escribi diciéndoles que eran unos retrogrados. A todos, menos a uno, de Reus. Porque para mí fue un acto completamente auténtico, vivido. Era una obra plenamente válida en la cual refusaba utilizar la seducción de Albert Vidal haciendo de "actor". No hacía que no actuaba. No hacía nada. Y sin embargo, muchos de los que se acercaban con conciencia teatral se ponían tensos, actuaban. Había una sutileza muy fina y quien captaba el punto se lo pasaba muy bien".

— Pirandello, también, en el fondo, ¿no? Como esta exposición.

— "Existencial puro. Existencial para el espectador, puesto que lo ponías en una situación existencial entre la realidad y la ficción. Hasta las últimas consecuencias".

— Albert Vidal, fiel a su trayectoria, ha expuesto al fin sus cuarenta personajes y ha demostrado una vez más su gran capacidad de convocatoria y el atractivo de una manera de ver el arte que él está plenamente convencido que es la del futuro en el que ya estamos entrando. ■